

Una Europa sin fronteras, una “realidad” el año 2002 pero que empezó mucho antes: el aporte de los escritores viajeros franceses que recorrieron los caminos de los países vecinos

Elena Baynat Monreal
Universidad Jaime I, Castellón

1. El género de la literatura de viajes: un gran colaborador para la desaparición de las fronteras

1. a). El papel del escritor-viajero

Con el nacimiento del año 2002 la Unión Europea parece ya más cercana, no se trata de una realidad completa pero parece que con el «bebé-euro» en el mundo se haya avanzado un buen trecho del camino. Sin embargo no podemos otorgar todo el mérito a la unión monetaria, debemos reconocer igualmente el aporte de muchas personas –anónimas o célebres– que han contribuido con sus ideas, acciones y ejemplos a la preparación para este cambio: favoreciendo la apertura de las mentes, los intercambios interculturales o la eliminación de los prejuicios y de las marginaciones.

Entre estos “colaboradores” se encuentran los escritores-viajeros, quienes se adelantaron a sus contemporáneos y les guiaron, a través de sus relatos, más allá de las *fronteras* conocidas¹. Sin embargo el valor de los relatos de viajes ha sido a menudo cuestionado y menospreciado² y no se ha sabido reconocer, en nume-

1. No olvidemos que, durante muchos años, la mayor parte de la información que poseían las personas del extranjero era, si no tenían la posibilidad de viajar ellos mismos –hecho poco frecuente entre la gente humilde–, la proveniente de los libros. Hasta el siglo XX no hemos podido acceder a otras fuentes de información como puedan ser la televisión, el cine, Internet... En consecuencia, la labor de los escritores-viajeros era primordial, sus relatos suponían una fuente documental preciosísima y colaboraron enormemente en los contactos entre unas civilizaciones y otras.

2. Los manuales e incluso la teoría literaria o las Enciclopedias han contribuido al desprecio del género, el cual ha sido frecuentemente tachado de menor, secundario, inferior, incorrecto, infiel, mentiroso, indefinido, ambiguo..., hasta los mismos escritores de relatos de viajes se lo creían y consideraban que utilizaban un género inclasificable según las categorías previstas por Aristóteles

rosas ocasiones, que pertenecían a un género concreto y real: la literatura de viajes. El fondo de la cuestión es que se trata de un género literario muy difícil de clasificar y de definir, debido a su complejidad y heterogeneidad, a su falta de fundamentos estables y estipulados y a su amplitud e intertextualidad. Pero, como explica Cañizo Rueda³, el relato de viajes existe como género independiente y no puede ser discriminado por su diversidad y divergencia con las reglas prefijadas, por su independencia y libertad de composición⁴. De hecho, esa heterogeneidad, interdisciplinariedad y vitalidad son las que han favorecido su enorme éxito y popularidad. Se trata pues de un género difícil de definir, de *fronteras* inestables e inciertas pero con unas características concretas que lo delimitan. Estas últimas son, básicamente: su carácter esencialmente descriptivo –combinado con situaciones de «riesgo narrativo»–, su variada composición (información de todo tipo, pero también las acciones de los personajes), su doble composición –ficcional y documental–, su gran intertextualidad y la importancia del contexto histórico y social del escritor y del público al que va dirigido el relato.

Estos escritores de libros de viajes –como hemos dicho a menudo incomprendidos y repudiados– son, por otro lado, fundamentales para la historia: en primer lugar para la historia de la literatura –puesto que se trata de obras más “literarias”, ricas y trabajadas de lo que siempre se ha pensado⁵– pero también para la historia de la humanidad, porque aportan una información a sus lectores que no habrían podido obtener de otro modo⁶–principalmente hasta el siglo XIX– y que nos sirven hoy en día para estudiar la sociedad, el arte, la política, las costumbres... en definitiva, la vida de los hombres que nos han precedido. Y gracias a estos osados escritores que quisieron descubrir otros mundos, que se sintieron atraídos por el exotismo y lo pintoresco y nos contaron su experiencia, se abrieron considerablemente las *fronteras* entre los países y el conocimiento entre las diferentes civilizaciones mejoró y se amplió.

y, por consiguiente indigno y prácticamente inutilizable. La mayoría de estos autores, conscientes de la reputación del «viajero-mentiroso» se sentían obligados a justificar la utilización de este menospreciado género literario en el prólogo de los relatos, llegando incluso a afirmar –como Chateaubriand o Lamartine– que lo que escribían no era un relato de viajes sino una especie de guía turística, simples «notas de viaje» confidenciales o sus «memorias».

3. Cañizo Rueda, Sofía: *Poética del relato de viajes*, Kassel: Reichenberger, 1997.

4. En efecto, se trata de un género cuyo rol es fundamental para la comprender la historia de la literatura y se ha demostrado, aunque no siempre reconocido, su gran aceptación por parte de todos los públicos de los diferentes momentos históricos, al igual que su considerable influencia sobre el resto de géneros «oficiales».

5. Citemos, por ejemplo, *Le Voyage en Espagne* de Théophile Gautier –un relato muy poético que anuncia al poeta parnasiano de *Emaux et Camées*– o *De Paris à Cadix* de Alexandre Dumas –un libro de viajes que es también, en parte, una novela de aventuras con una gran cantidad de elementos teatrales y populares.

6. *Le Voyage pittoresque* de Laborde, por ejemplo, contenía una amplia información sobre los monumentos y expresiones artísticas en España durante el siglo XIX.

Evidentemente, a lo largo de la historia, no se ha viajado siempre por los mismos motivos, y éstos no han sido siempre únicamente literarios, esta es la causa principal de la gran diferencia y divergencia entre unos relatos y otros: no se obtendrá, por ejemplo, la misma versión escrita de un soldado sediento de conquistas que la de un religioso cuya principal finalidad sea la de convertir a los otros países a su religión, o aún menos de un mercader como Marco Polo, de un explorador como Cristóbal Colón, de un gran escritor como Mérimée... Porque las características concretas de cada viaje modifican los puntos de vista y los sentimientos de los viajeros, su mirada personal hacia la realidad: en consecuencia, la focalización de los relatos basados en esta experiencia está condicionada por la lente del propio escritor, un cristal graduado por los condicionamientos históricos, sociales e individuales de éste.

Casi todos los viajeros dejaron constancia de su experiencia y por ello los relatos de viajes –fruto de esas aventuras– se convierten todos ellos en testimonios necesarios para la comprensión de nuestros antepasados y de nuestra civilización. Sin embargo no se ha viajado siempre del mismo modo y frecuencia y podemos considerar que el “siglo de oro” del viaje es el XIX: gracias al romanticismo el género se desarrolla, progresa y alcanza su madurez. Un nuevo concepto de literatura y de vida se instala en Europa y bajo la influencia de los románticos alemanes, se descubre el campo del sueño y del mal y un estado de « *rêverie* » se instala entre los escritores. La palabra a la moda alrededor de 1830 es ya sin duda lo “fantástico” traducido en literatura por una presencia obsesiva de la muerte y una búsqueda constante de exotismo⁷. Este ansia de pintoresquismo hace viajar a los escritores y facilita que la literatura de viajes evolucione⁸.

1. b). *Oriente y el exotismo*

Los escritores franceses forman parte del citado gran grupo de los viajeros⁹ y, gracias a las intensas relaciones de Francia con el extranjero durante todo el siglo

7. «L'exotisme se transporte en imagination hors du temps et de l'espace actuels et croit voir dans ce qui est passé et lointain le climat idéal au bonheur des sens», in Praz, Mario: *La chair, la mort et le diable*, Paris, Denoël, 1977, p. 175.

8. Al principio del siglo XIX la literatura de viajes es aceptada únicamente como un género menor, perteneciente a la «sub-literatura» y no se puede hallar más que simples publicaciones periódicas en forma de diarios cuya principal finalidad es divertir. Pero a medida que el siglo avanza viajar se convierte en una actividad muy practicada entre los escritores y el género alcanza su punto álgido.

9. La elaboración de un corpus que comprenda a todos los viajeros franceses que han visitado nuestro país es difícil e imprecisa, puesto que ciertos viajes están perfectamente datados y limitados a algunas semanas o meses –Laurent Vital (1517), Barthélemy Joly (1604), Théophile Gautier (1839) o René Bazin (1895)– pero muchos otros pasaron aquí varios años –Jean François Bourgoing en el siglo XVIII, Zachaire Astruc, Adolphe Desbarolles o Charles Davillier en el XIX– y nos ofrecen recuerdos y testimonios que no aparecen rigurosamente fechados y pueden, incluso, pertenecer a diferentes experiencias o vivencias. Es pues necesario tener en cuenta las diversas y variadas situaciones. De hecho, los críticos no se ponen de acuerdo sobre qué textos pertenecen al género de la

XIX, éstos se aventuran buscando nuevos horizontes; los autores no viajan solo materialmente –casi todos sueñan y cumplen su sueño de realizar su viaje a Oriente– sino que empiezan igualmente a leer y traducir a autores extranjeros, principalmente:

- Alemanes: Werther, Hoffmann, Richter...
- Ingleses: Shakespeare, Young, Byron, Moore, Dickens...
- Italianos y españoles: no se traduce la literatura de estos últimos pero gracias a escritores como Mérimée o Hugo –que conocen bien la lengua española– la literatura de nuestro país empieza a ser también conocida.
- Americanos: hay que citar a Poe pero el país fue conocido principalmente gracias a *De la Démocratie en Amérique* de Tocqueville.
- Orientales: Egipto fue el país más visitado por los escritores y pintores franceses: Chateaubriand, Lamartine, Gérard de Nerval, Marilhat, Descamps, Fromentin...

El principal motivo del gran desarrollo de la literatura de viajes durante el siglo XIX es, en definitiva, el exotismo: un modo preconcebido de ver o imaginar el país, un mundo de sueño interior¹⁰ que transporta en la imaginación fuera del tiempo y del espacio actual y cree ver en el pasado y en lo lejano el clima ideal para el “bonheur des sens”¹¹.

Oriente se pone de moda en Francia, numerosos países son elegidos por los escritores-viajeros, sedientos de orientalismo: Inglaterra, Estados Unidos, Alemania, Suiza, los Países Escandinavos y eslavos, Rusia, Hungría, Grecia, Oriente Próximo, China... pero ninguno como Italia y España. La Península, a pesar de su proximidad geográfica, ofrece un considerable retraso industrial, aspecto que aumenta el exotismo y convierte al país en uno de los puntos de destino ideales que satisface todos los deseos románticos: España es considerada como el prolongamiento del misterioso Oriente. Este último concebido como un territorio muy amplio e impreciso: todos los países árabes o musulmanes (desde el Magreb hasta Persia), un vasto espacio sin *fronteras* fijas, puesto que cada escritor traza las propias.

1. c). *España y sus dos caras: un escenario romántico privilegiado*

A pesar de las decepciones producidas por la inadecuación de los tópicos y prejuicios a la realidad –pues todos los viajeros partían con una idea preconcebi-

literatura de viajes y los que deben ser excluidos del grupo, puesto que cada viajero es diferente y único. Varios intentos de elaboración de listados de escritores-viajeros franceses han sido llevados a cabo pero ninguno es totalmente completo y divergen mucho entre sí. Citaremos los estudios de Bartolomé et Lucile Benassar, de García-Romeral Pérez, de Foulché-Delbosc, de Jesús Cantera y de Arcadio Pardo, cuya aportación es sin ninguna duda irremplazable. Cf. Bibliografía.

10. Cf. Jourda, Pierre: *l'exotisme dans la littérature française depuis Chateaubriand*, Paris: Études de Littérature Étrangère et Comparée VII, Boivin, 1938.

11. PRAZ: (1977: 175)

da (no siempre muy acertada) de lo que iban a encontrar— España, con sus oposiciones y sus múltiples y variables imágenes satisfacía completamente el deseo de evasión y de exotismo. El país se convirtió, en definitiva, en el escenario romántico ideal por su falta de desarrollo industrial y, como consecuencia, de su retraso frente a Europa: es decir, su exotismo.

Las relaciones entre Francia y España a finales del siglo XVIII y a principios del XIX no eran favorables a la moda de nuestro país, sin embargo varios condicionamientos propiciaron un cambio de ideas: por un lado la guerra de la Independencia (1808) pone de manifiesto el carácter español —individualista, indomable, primitivo y orgulloso—, por otro lado la resistencia feroz de los españoles a las armadas de Napoleón mostró a los franceses su profunda identidad nacional —apego a la tierra, a las libertades y a las tradiciones—; debemos citar igualmente, como acontecimientos históricos y políticos fundamentales: la expedición del duque de Angoulême (1823), la llegada de los inmigrantes liberales a Francia (1823-1824), La Peste Negra que devastó Cataluña en 1820, la intervención de los Cien mil hijos de San Luís en 1823 y la aparición del cólera en Francia entre 1828 y 1830; por otro lado los deshonestos botines de cuadros introducidos allí tras la guerra hicieron popularizar y conocer la pintura española a los franceses (citemos la conocida exposición del barón Taylor en la Galería Española del Louvre); otro hecho decisivo que atrajo a numerosos franceses a España fueron las bodas reales de 1846 (Isabel II con su primo Francisco de Assis y la infanta Luisa-Fernanda con el Duque de Montpensier); citemos igualmente el gran interés nacido durante el siglo XIX, hacia la literatura española del Siglo de Oro (Cervantes, el Romancero, el Teatro, la novela picaresca...); la *Revue des deux Mondes* contribuyó también considerablemente a aumentar esta curiosidad por España; añadamos los condicionamientos geográficos de un país cuyos paisajes luminosos, de violentos colores, soleados y enormemente variados colman toda la sed de misticismo y de reflexión religiosa, así como el carácter abierto y hospitalario de sus habitantes, el lado oscuro e inquietante de España (el factor riesgo intrínseco a todo viaje por el sur de los Pirineos), su gran riqueza cultural (los restos ligures, íberos, celtas, vándalos, Suevos, Visigodos y principalmente árabes); y, para terminar, la reparación de la carretera de Irún-Burgos-Madrid-Cádiz y la organización de un servicio regular de diligencias.

Los *camino*s españoles eran, pues, de los más recorridos, deseados y conocidos por los viajeros franceses, pero también de los más temidos. El factor que más atraía de estos *camino*s era, en efecto, su peligro aparente. El viaje por España durante el siglo XIX se ve fuertemente favorecido por el gusto por la aventura de los escritores y artistas románticos, quienes estaban seguros de hallar la irrupción del azar, de la Providencia, de lo imprevisto en la vida: el hecho de no conocer el itinerario exacto, los precarios y peligrosos medios de transporte que iban a utilizar, los alojamientos que encontrarían y en qué condiciones, lo que podrían comer y dónde, si encontrarían allí amigos o enemigos, qué dudosas per-

sonas les acogerían durante su viaje, si serían robados por los famosos y temidos bandidos españoles, si volverían enfermos o incluso sin vida, si se verían involucrados en problemas policiales o judiciales..., todo un panorama más que atractivo para estos aventureros que se sentían cansados de su vida, que padecían el conocido «mal de siècle» y necesitaban nuevas experiencias. Además todo esto se hallaba muy cerca de su país: bastaba con atravesar la frontera de los Pirineos y se había transgredido el límite entre la civilización y el pintoresquismo, entre la triste y monótona vida cotidiana francesa y la aventura, el riesgo, la emoción de España.

No debemos olvidar que esta imagen estereotipada de nuestro país estaba muy extendida y no se correspondía exactamente con la realidad, la exageración llegaba, en ocasiones, a límites totalmente increíbles y fantásticos. Sin embargo el tópico era éste: la incertidumbre estaba garantizada. Le viajero iba a introducirse, sin ninguna duda, en un país de bandidos, fugitivos, bohemios, gitanos, mendigos, asesinos..., todo un mundo de vida errante, de contrabando, de tradiciones y leyes propias en continua proximidad con la muerte. Este aspecto inquietante del viaje, este toque pintoresco, que se hacía a veces agresivo y amenazador, era de los más seductores de la península.

España ofrecía a sus visitantes dos caras opuestas, dos tipos de pintoresquismo —uno negativo, del que acabamos de hablar, y otro positivo— dos polos magnéticos que atraían fuertemente a los viajeros:

L'Espagne atroce qui suscite l'horreur met l'indignation voisine avec l'Espagne sublime qui provoque des transports de ravissements¹².

El segundo polo de atracción, la otra cara de la moneda, estaba constituido por el exotismo ofrecido por un país de paisajes con contornos definidos y luminosos, de unos orígenes árabes destacables tanto en gentes como en objetos, de una riqueza cultural y artística impresionante¹³. Todo un espectáculo de luz y de color para unos ojos ávidos de evasión.

2. Los caminos españoles

Y adentrándose en los *caminos* españoles es como los viajeros descubrieron esta diversidad que les fascinaba y embujaba, unos senderos inevitables y mágicos que producían tanto el deseo como el horror, una llamada a la curiosidad difícilmente eludible por aquellos atrevidos hombres y mujeres —aunque ellas en menos número que ellos— atraídos por la novedad.

12. AYMES (1823: 20)

13. cf. Pardo, Arcadio: *La vision del arte español en los viajeros franceses del siglo XIX.*, Valladolid: Universidad de Valladolid, 1989.

Estos *caminos* no eran atravesados, como actualmente, en pocos días o semanas: los viajeros necesitaban varios meses para dar la vuelta a España, sobre todo si llegaban hasta el final, hasta la región preferida, la más árabe, exótica y pintoresca: Andalucía. Y esos caminos andaluces eran los que tenían la peor reputación, los que ofrecían más riesgo y posibilidad de aventuras, aunque no fuesen, en realidad, tan peligrosos como pensaban los extranjeros y las deseadas pero al mismo tiempo temidas emboscadas no llegasen siempre....

2. a). *Los itinerarios elegidos*

La mayoría de viajeros franceses dan una importancia secundaria a las regiones del Norte de España y sus principales puntos de destino son: en primer lugar Castilla y seguidamente Andalucía. Como se puede observar en el mapa que ilustra los itinerarios de los dos viajes más famosos del siglo –el de Théophile Gautier y el de Alexandre Dumas (ver lámina, p. 30)–, la mayoría de ellos comienzan su aventura en Bayona, siguen por Vitoria, realizan una parada importante en Burgos y van después directamente a Madrid¹⁴. Después de la capital algunos viajeros continúan su viaje por Toledo y los que disponen de tiempo y de medios –evidentemente no todos, porque costaba caro– siguen hacia tierras andaluzas. Las principales ciudades del Sur visitadas son normalmente: Granada, Málaga, Córdoba, Sevilla y Cádiz. Al final algunos vuelven a Francia (lo más simple es hacerlo como Gautier bordeando la costa mediterránea) y otros continúan hacia África, tal es el caso de Dumas que visitó después Argelia y escribió otro relato de viajes continuación de su *De Paris à Cadix*, titulado: *Le Véloce*.

Muchos itinerarios coinciden, al menos, en seis o siete puntos principales, entre los que se distingue la España cristiana –hasta Toledo– y la España africana, árabe y oriental –Andalucía, ese cruce de civilizaciones–. Se podría decir, en realidad, que el punto final de lo “nórdico”, de lo castellano, es el Escorial –símbolo del estatismo, del clasicismo, de la frialdad– y que todos los *caminos* que se recorre a partir de ahí llevan desde lo tenebroso hasta la luz y el esplendor. La alegre y resplandeciente Andalucía seduce a todos los viajeros que la visitan, sin excepción.

2. b). *Los medios de transporte*

Para atravesar esos seductores *caminos* los viajeros franceses elegían medios de transporte muy diversos, entre los que se podría citar la frecuentada diligencia española, que era normalmente descrita por los viajeros como un coche atado a cuatro mulas, demasiado estrecho para las ocho personas que viajaban normalmente en ella, y dirigida por un conductor muy pintoresco:

14. Sin embargo, Théophile Gautier –uno de los viajeros que más ciudades españolas visitó– se desvía a Valladolid antes de entrar en la capital de España.



La voiture qui conduit à Madrid part de Bayonne. Le conducteur est un mayoral avec un chapeau pointu orné de velours et houpes de soie, une veste brune brodée d'agrément de couleur, des guêtres de peau et une ceinture rouge: voilà un petit commencement de couleur locale¹⁵.

Los viajeros aprovechaban los largos momentos pasados en las diligencias para escribir, leer, observar el paisaje, dormir, comer¹⁶, o hacer amistades. Gracias a esos momentos “muertos” del viaje muchos viajeros hallaban el tiempo para contar sus experiencias por escrito y enviarlas a París: muchos de ellos tenían obligaciones periodísticas diarias o semanales con ciertas revistas y esta es la causa por la cual numerosos relatos de viaje fueron publicados en un primer momento en forma folletinesca y recopilados más tarde como novelas.

Se encuentra igualmente, en los libros de viajes, otros medios de transporte citados, como: el coche-correo, las carrozas, las calesas, el barco, el caballo... incluso el viaje a pie. Era otra manera de viajar, de vivir el día a día del trayecto y de las distancias: más tarde, con la inauguración del ferrocarril las cosas cambiaron, al aumentar la seguridad y el confort se disiparon las aventuras, el riesgo y el exotismo. España se civilizó cada vez más y perdió parte de su pintoresquismo y de su encanto, dejó de atraer con el mismo interés a los franceses y, a partir de finales del siglo, fueron los propios españoles los que redescubrieron sus paisajes y su belleza; estos últimos retomaron el relevo que los viajeros franceses habían ya abandonado y continuaron por el camino trazado por sus visitantes. Así pues el logro de estos intrépidos viajeros no fue únicamente el de descubrir ellos mismos la auténtica y fascinante España, sino también el de lograr abrir los ojos a los propios españoles, cuya ceguera había sido prácticamente total en cuanto a todo aquello que tenían justo enfrente de la vista: todo lo español.

De hecho, como ya hemos comentado, a finales de siglo España pierde el gran interés suscitado en Francia pero quedan los relatos, la constancia de esta moda llevada a la obsesión, que son instrumentos realmente útiles: no solo para hacer cambiar y revalorizar la visión del país, sino también como medio propa-

15. GAUTIER (1981: 41)

16. La mayoría de los viajeros se quejaban de comer mal y poco, incluso si esto no era totalmente cierto, pues lo que ocurría en realidad es que encontraban en la gastronomía española platos y condimentos –entre ellos el siempre citado azafrán– desconocidos para ellos y que no se atrevían a probar; ciertos viajeros franceses eran muy intransigentes y “cerrados” en cuanto a este aspecto: tal era el caso de Alexandre Dumas que prefería cocinar él mismo que cambiar de opinión, aunque también es verdad que el hecho de viajar en grupo propiciaba esta actitud y, además, todos conocemos la gran afición culinaria del escritor, quién llegó, incluso a escribir un Diccionario de cocina al final de su vida. Otros viajeros más integrados con la vida española, sin embargo, acabaron su viaje reconociendo, a pesar de sus prejuicios, que la cocina española no era tan despreciable; pero coinciden en sus relatos en que eran recibidos por españoles que les ofrecían comidas muy poco copiosas y que no les servían del todo bien a causa de su nacionalidad, no negamos que pudiera haber parte de verdad en estas afirmaciones.

gandístico, y, como ya hemos comentado, para hacer comprender a los propios españoles la importancia y originalidad de su propia tierra¹⁷.

El desplazamiento a través de los *caminos* españoles de tantos viajeros ha servido pues, para que los franceses conozcan y se enamoren del país vecino, aunque también para abrir la mente de los propios españoles, ayudarles a romper con los prejuicios y las ideas preconcebidas –todo lo extranjero era y es, a priori, considerado mejor por el simple hecho de provenir de fuera– a abrir sus fronteras físicas y mentales hacia el exterior, en definitiva, a reconocerse, dignificarse e identificarse.

3. Conclusión

Los numerosos viajeros franceses que visitaron España –algunos célebres escritores, otros poco conocidos o, incluso anónimos– han contribuido con sus relatos de viajes a borrar algo más las marcadas líneas que delimitan las *fronteras* entre Francia y España: por un lado han dado a conocer y han hecho admirar el exótico país a sus compatriotas –muchos de ellos vinieron para comprobar los tópicos– y, por otra parte, recorriendo los peligrosos pero, al mismo tiempo, seductores *caminos* españoles, sufrieron ellos mismos un proceso de españolización inconsciente, conocieron la verdadera y auténtica España y cumplieron la función de ayudar a los propios habitantes a reconocerse y apreciar su paisaje y su modo de vida, a no querer ser siempre europeos a toda costa.

Este es el verdadero problema de la unificación europea y de toda unificación: ¿Cómo llegar a la unión sin renunciar a la propia identidad? ¿Cómo eliminar las fronteras sin borrar las diferencias que identifican a las diferentes civilizaciones y los diversos modos de vida? ¿Cómo llegar a ser todos iguales pero no repetidos? Quizá los escritores viajeros franceses del siglo XIX que visitaron España puedan ayudarnos en algo a contestar a estas complejas preguntas, es posible que hayan colaborado en la apertura de las mentes, en la modernización y evolución de las ideas sin que se perdiesen de vista las tradiciones, los individualismos, los riesgos, el exotismo, la aventura... Pues según Théophile Gautier la unificación, tan positiva en ciertos aspectos, tiene también su lado peligroso, puede llegar a convertir a los individuos en simples números repetidos, de lo cual

17. Tal como afirma Luis López Jiménez, el mismo Azorín confesó que él y los escritores de su generación –Pío Baroja, Unamuno, Valle Inclán y los hermanos Antonio y Manuel Machado– tomaron el paisaje como tema literario después de haber leído atentamente el *Voyage en Espagne* de Théophile Gautier. Cf. López Jiménez, Luis: «*Téophile Gautier ou la redécouverte du paysage espagnol*», Actes du XII congrès de l'Association Internationale de Littérature Comparée; in A.A. V.V. *Espaces et Frontières* (vol 2), Munich: München, 1994, p. 340.

concluye el escritor que las diferencias entre los pueblos son fundamentales para evitar la monotonía, el estancamiento y la muerte de las ilusiones:

Ce qui constitue le plaisir du voyageur, c'est l'obstacle, la fatigue, le péril même. Quel agrément peut avoir une excursion où l'on est toujours sûr d'arriver, de trouver des chevaux prêts, un lit moelleux, un excellent souper et toutes les aisances dont on peut jouir chez soi? Un des grands malheurs de la vie moderne, c'est le manque d'imprévu, l'absence d'aventures. Tout est si bien réglé, si bien engrené, si bien étiqueté, que le hasard n'est plus possible; encore un siècle de perfectionnement, et chacun pourra prévoir, à partir du jour de sa naissance, ce qui lui arrivera jusqu'au jour de sa mort. La volonté humaine sera complètement annihilée. Plus de crimes, plus de vertus, plus de physionomies, plus d'originalité. Il deviendra impossible de distinguer un Russe d'un Espagnol, un Anglais d'un Chinois, un Français d'un Américain. L'on ne pourra plus même se reconnaître en soi, car tout le monde sera pareil. Alors un immense ennui s'emparera de l'univers, et le suicide décimera la population du globe, car le principal mobile de la vie sera éteint: la curiosité¹⁸.

Terminamos pues con la duda, con una puerta abierta a la discusión. Hemos pretendido demostrar que la unificación europea es positiva y una teórica realidad en este año 2002, que muchos han colaborado en propiciar este desvanecimiento de las *fronteras* –entre ellos hemos destacado la gran labor de los viajeros franceses que recorrieron los *caminos* españoles– pero el reverso de la moneda es saber hasta qué punto esta unificación es positiva, si la homogeneidad e igualdad pueden destruir la heterogeneidad, la diversidad, la riqueza cultural, la identidad, la curiosidad...

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- A.A.V.V. (1994): *Écrire le voyage (textes réunis par Georgy Tverdota)*. Paris.
 A.A.V.V. (1998): *Miroirs de texts: récits de voyages et intertextualité*. Nice.
 A.A.V.V. (1999): *La littérature française de los siglos XIX y XX hispánico (presentación de Marta Giné)*. Lérida.
 A.A.V.V. (1997): *A. Dumas père: une façon de se soi (études réunies par Dolores Jiménez et Elena Real Ramos)*. Valencia.
 AYMES, J. (1823): *L'Espagne romantique (témoignages des voyageurs français)*. Paris.
 BEDARIA, H.(1931): *Le Romantisme français et l'Espagne*. Lyon.

18. GAUTIER (1981: 320-321).

- BENASSAR, B. ET L. (1988): *Le voyage en Espagne, Anthologie des Voyageurs français et francophones du XVI au XIX siècle*. Paris.
- CANTERA, J. (1998): "Introducción". En *Voyage en Espagne*. Théophile Gautier. Madrid: Cátedra, 9-61.
- CAÑIZO, S. (1997): *Poética del relato de viajes*. Kassel.
- CHATEAUBRIAND, F. (1811): *Itinéraire de Paris à Jérusalem*. Paris.
- DAVILLIER, CH. (1974): *Voyage en Espagne*. Paris.
- DUMAS, A. (1989): *De Paris à Cadix*. Paris.
- FARINELLI, A. (1942-79): *Viajes por España y Portugal desde la Edad Media hasta el siglo XIX: nuevas y antiguas divagaciones*. Roma-Florenia.
- FLORES, F. (1996): "El viaje en el tiempo". En *Libros de viajes*. Murcia: Univ. de Murcia, 149-161.
- FOULCHÉ-DELBOSC, R. (1991): *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal*. Madrid.
- GARCÍA-ROMERAL, C. (1999): *Bio-bibliografía de los viajeros por España y Portugal (s. XIX)*. Madrid.
- GABAUDAN, P. (1979): *El romanticismo en Francia (1800-1850)* Salamanca.
- GAUTIER, TH. (1981): *Voyage en Espagne*. Paris.
- GUARNER, L. (1966): *Viatgers literaris a Valencia*. Valencia.
- HOFFMANN, L. (1961): *Romantique Espagne. L'image de l'Espagne en France entre 1800 et 1850*. Paris.
- JOURDA, P. (1938): *l'exotisme dans la littérature française depuis Chateaubriand*. Paris.
- LABORDE, A. (1806-20): *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*. Paris.
- LÓPEZ, L.: (1994): "Théophile Gautier ou la redécouverte du paysage espagnol". En *Espaces et Frontières* (vol. 2). A.A.V.V. Munich
- MAJADA, J. (1996): *Viajeros extranjeros por España: siglo XIX*. Madrid.
- MÉRIMÉE, P. (1830-33): *Lettres d'Espagne*. Paris.
- MUSSET, A. (1830): *Contes d'Espagne et d'Italie*. Paris.
- PARDO, A. (1989): *Visión del arte Español en los viajeros franceses del siglo XIX*. Valladolid.
- PRAZ, M.(1977): *La chair la mort et le diable*. Paris.
- POITOU, E. (1869): *Voyage en Espagne*. Tours.
- QUINET, E. (1840): *Mes vacances en Espagne*. Paris.
- STENDHAL, H. (1838): *Mémoires d'un touriste*. Paris.
- TAYLOR, I. (1826): *Voyage pittoresque en Espagne, Portugal et sur la côte d'Afrique, de Tángier à Tétouan*. Paris.